

ros líricos de este siglo, sin escribir más que en los metros más vulgares de su país?

No somos nosotros de los que creen que la poesía consiste únicamente en la forma con que se expresa el pensamiento, atribuyendo todo el encanto de este arte divina, sólo á la expresión. Por lo tanto, no damos tanta importancia al metro que busca el poeta para transmitirnos las imágenes de su fantasía, y los afectos de su alma. Creemos, sin embargo, que ciertas formas pueden contribuir á aumentar el efecto en algunos casos, y que ciertas armonías pueden excitar más ó menos nuestras emociones. Pero fijar reglas en el particular, y que el frío preceptista decida magistralmente en la materia, y marque (aunque sea citando á Horacio) en qué número y con qué armonía se han de expresar tales y tales pensamientos, tales y tales pasiones, nos parece absurdo.—Y esas reglas, ¿en qué pueden fundarse?... ¿No vemos la rotunda y pomposa octava, el verso heroico por excelencia, aplicada con tanta facilidad y magisterio, por el flexible ingenio de Ariosto, á todos los tonos, desde el más sublime y apasionado, hasta el más trivial y burlesco; ya á la narración épica más alta; ya á la descripción más florida y lozana; ya á la relación más baja y vulgar? ¿Y no parece, al leer el *Orlando*, que la octava está inventada ex profeso para cada uno de estos géneros, para cada uno de estos estilos tan diversos y tan encontrados?... Lo mismo diremos de los demás metros. En los severos tercetos en que el terrible Dante nos pinta sus espantosas visiones, escribió el templado y melancólico Rioja sus pensamientos morales y apacibles; y en tercetos están escritas las sátiras de los Argensolas, y aún las más libres y sarcásticas de Quevedo y de Arriaza. ¿Y el soneto?... No hay combinación métrica y rítmica más artificiosa, de más pompa y majestad: parece hecha adrede para encerrar los pensamientos más sublimes y encumbrados. Pues tan felizmente se presta á los místicos y á los históricos, como á los profundos y filosóficos de los Argensolas, á los risueños y floridos de Arguijo, á los melancólicos y pastoriles del bachiller Francisco de la Torre, y á los chistosos, libres y hasta chavacanos del gran Quevedo. ¿En qué ejemplos, pues, fundan los preceptistas esas reglas con que quieren tiranizar al ingenio y encadenar la imaginación?... Por fortuna el ingenio creador y la imaginación fecunda producen sus grandes bellezas, sin acordarse de los preceptistas, y echando mano del instrumento que su propio instinto les sugiere, como el más á propósito, en el momento de la inspiración.

Si todos los metros se prestan más ó menos á todos los géneros de poesía, y en todos ellos pueden expresar felizmente sus ideas y sus afectos los verdaderos poetas, porque saben darles el tono, el giro y la armonía más conveniente á la expresión de sus pensamientos y de sus pasiones; el romance octosilábico castellano es acaso la combinación métrica, que obteniendo la primacía para la poesía histórica, como la más apta para la narración y la descripción, se presta

más naturalmente á todo género de asuntos, á toda especie de composiciones. Su facilidad aparente, esa facilidad misma que le echan en cara los que creen que la poesía consiste en vencer dificultades de rima y de versificación, le da una elasticidad suma y es sin disputa uno de sus mayores méritos; y si se examina esa facilidad, se hallará acaso en ella un peligrosísimo escollo para el poeta. La variación de sus giros y de sus cortes (pues los que le niegan este dote no han leído los hermosos romances que Calderon introduce en sus comedias, y en que con efectos sorprendentes los ha diversificado hasta lo infinito), hacen al romance el metro más á propósito para el cambio de tono y para la variación de colorido. Y hasta la armonía del asonante, que en una composición larga puede de cuando en cuando variarse sin la menor dificultad, y que es tan exclusivamente española, tan grata á los oídos españoles, tan varia, y de suyo tan dulce y tan poco fatigosa, hace del romance castellano el instrumento más á propósito para todo género de asuntos. Y su rapidez misma, ¿no está indicando que es el verso octosilábico el más adecuado para expresar los grandes pensamientos filosóficos, las sentencias profundas, y la sencillez y viveza de los afectos?

Engolfados en esta materia, fuerza es que citemos algunos ejemplos en apoyo de cuanto llevamos dicho, y para demostrar más palpablemente cuán sin razón se ha pronunciado la sentencia contra el romance. Mas no iremos á buscar lo más exquisito y primoroso que en ellos se encuentra, sino que echaremos mano de lo primero que ocurra á nuestra memoria. Copiaremos, pues, algo de aquel romance anónimo de las exequias del maestro D. Alvaro de Luna. Dice así:

«Iba declinando el día,
Su curso y ligeras horas,
Y el padre que al mundo alumbraba
Para occidente se torna.
A los reflejos divinos
De aquella luz milagrosa,
Pálidos, descoloridos,
Cubiertos de negras sombras,
Amenazaba la noche,
Mustia, temerosa y sorda;
No de luceros vestida
De que se pule y se adorna.
La luna en el primer cielo
Con las nubes se arreboza,
Y en los escondidos valles,
Aljófara y perlas llora.
De las aldeas vecinas
Dejan desiertas y solas,
Unos las casas baldías,
Otros las pajizas chozas.
Sonaba en Valladolid
El eco de voces roncadas,
Y responden los quejidos
De las apartadas rocas.
Hace señal San Benito,
Y su rico templo adornan

Con los funestos tapices
De bayeta lastimosa.
Murmuraban por las calles
De unas orejas en otras,
La no pensada caída
De aquella Luna hermosa.
Juntáronse los ilustres,
Y las iglesias entonan
El entierro de aquel cuerpo,
Que del cuello sangre brota.
En los hombros le reciben
Cuatro con sus cruces rojas,
Que le sirvieron en vida
Y en la muerte le dan honra.
Pusieron el cuerpo helado
Debajo una dura losa,
Y con el peso insufrible
Dió temblor la tierra toda.
Al rededor de la tumba
Arden lumbres, todos lloran
De la miseria infelice
La tragedia lastimosa.
Sollozan sus tiernos hijos,
Lamenta su triste esposa,
Y de su vertida sangre
Pide al cielo la deshonra, etc., etc.»

Acaso para los que opinan que la poesía consiste en huecos sonidos, y en pomposas cláusulas, no tendrán mérito estos versos. Pero á nosotros nos hacen mucho efecto, y nos parece que están llenos de sublime sencillez, que son altamente poéticos; y que este bellísimo trozo de poesía histórica no tendría ni más vida, ni más nobleza, ni más dignidad escrito en octavas ó en tercetos.

Por no alargarnos demasiado no copiaremos algunos trozos de los romances de Bernardo del Carpio, llenos de robustez y de sensibilidad; ó de los de Arias Gonzalo, en que tan bien pintadas están la lealtad y entereza de aquel insigne castellano, de aquel desventurado padre; ó de los que refieren las bodas de D.^a Lambra con el señor de Villaren y de Barbadillo, tan llenos de interés y de vida: pues todos ellos, á pesar de la rudeza de estilo y de la estrechez del lenguaje, están rebosando poesía castiza y original.

El alcaide de Molina excita así á sus soldados á la pelea en un romance anónimo:

«Dejad la seda y brocado,
Vestid la malla y el ante,
Embraza la adarga al pecho,
Tomad lanza y corvo alfanje.
Haced rostro á la fortuna,
Tal ocasión no se escape,
Mostrad el pecho robusto
Al furor del duro Marte.»

¿Son menos varoniles estos belicosos acentos por sonar en versos asonantados de ocho sílabas?

Léanse las maldiciones de las troyanas á Helena; la pintura del rey D. Rodrigo huyendo del desastre

de Guadalete, y la lucha de D. Pedro el Cruel y don Enrique, en la que

«Riñeron los dos hermanos,
Y de tal suerte riñeron,
Que fuera Cain el vivo
A no haberlo sido el muerto.»

Recuérdense los lamentos del alcaide de Alhama cuando pierde esta fortaleza; y examínese, en fin, el razonamiento de Ruy Diaz del Vivar al Conde Lozano, desafiándolo para vengar á su ultrajado padre, y se verá hasta dónde se remonta el romance octosilábico castellano, en la narración y en la expresión de los elevados y heroicos sentimientos.

¿Será necesario á un español que escribe para españoles, citar los trozos de las *Mocedades del Cid*, de Guillen de Castro; del *Heraclio*, de Calderon, y aún de la *Verdad sospechosa*, de Alarcon, escritos en verso octosilábico asonantado, y tan hermosa y maestramente traducidos en versos franceses por el gran Corneille, el padre del teatro francés? Pues compárense los versos castellanos con la traducción, y se verá que no son en nada inferiores, aunque de romance, á los pomposos alejandrinos en que se tradujeron; y que en estos no ha ganado nada la expresión de los pensamientos de nuestros autores.

Si tanta energía y sencillez ofrece el romance para los asuntos históricos, ¡cuánto se presta á la descripción poética, y á los afectos blandos! No copiamos, porque es muy conocido, el bellissimo romance, ya mencionado, de Góngora, á *Angélica y Medoro*, tan rico de poesía, tan armonioso, tan bien escrito. Léase esta preciosa composición, y las descripciones de las fiestas de toros y cañas en otros romances moriscos, y el tierno y apasionado de Melendez á *Rosana en los fuegos*; y se hallará en ellos la verdadera elocución poética, y se verá que en nada ceden á las mejores composiciones, que á los mismos asuntos han hecho grandes poetas en versos endecasílabos.

La poesía descriptiva que cabe en el metro que defendemos, puede verse en los versos siguientes:

«Entraron los Sarracinos
En caballos alazanes,
De naranjado y de verde
Marlotas y capellares.
En las adargas tenían
Por empresas sus alfanjes,
Hechos arcos de Cupido,
Y por letra: *Fuego y sangre*, etc.»

O en aquellos:

«Cuando las sagradas aguas
Del ancho y sagrado Betis,
Con la multitud de barcos
Con dificultad parecen;
Cuando entoldadas las popas
De juncia y de ramas verdes,

En el agua escaramuzan
A pesar de sus corrientes;
Cuando mil alegres cantos
Que los sentidos suspenden,
Interrumpen á los vientos
Y enamoran á los peces;
Cuando en las torres más altas
Mil luminarias parecen,
Y cual veloces cometas
Atraviesan los cohetes;
Entónces, etc.»

O en estos:

«Nunca las puertas de oriente
Abrió tan hermosa el alba,
Cuando saca de alhelies
Las bellas sienas orladas.»

O en estos otros de Góngora:

«Miráballo en los ramblares
Ora á caballo, ora á pié,
Rendir al fiero animal
De las otras fieras rey.
Y con la real cabeza,
Y con la espantosa piel,
Ornar de su ingrata mora
La respetada pared.»

Y en la expresion de los afectos ya fuertes é impetu-
tosos, ya tiernos y melancólicos, ¿qué metro aven-
taja al romance? No es posible expresar mejor la in-
dignacion, que lo está en el final de aquel romance,
del desafío del moro Tarfe:

«Esto el moro Tarfe escribe
Con tanta cólera y rabia,
Que donde pone la pluma
El delgado papel rasga.»

Nótese el desórden de la armonía en este último
verso.

¡Qué interesante y tierna melancolía reina en todo
el romance de Góngora del *Forzado de Dragut*, que
empieza:

«Amarrado al duro banco
De una galera turquesca,
Ambas manos en el remo,
Ambos ojos en la tierra, etc.»

La tierna emocion del cautivo, que descubre desde
el mar los montes y las torres de su patria, me re-
cuerdan los siguientes cuatro versos de Matos al mis-
mo asunto en la comedia titulada: *El Gensaro de
Hungria*.

«Alargando iba los ojos
Hácia mi querida patria,
A donde en prision más dulce
Dejaba cautiva el alma.»

¿Podía escribirse mejor en endecasílabos el terrible
diálogo de Focas y Astolfo en el *Heracio* de Calde-
ron, solicitando el tirano conocer la verdad para aca-
bar con la sangre de su enemigo, y obligándole el
leal anciano á que la respete, por temor de derramar
la de su propio hijo? En romance está escrito este
diálogo, y seguramente al saborearlo en la escena,
nadie recuerda las jácaras, que acaso acaba de oír al
ciego en la esquina del teatro, por más que tenga el
mismo *sonsonete*.

Ningun otro metro se presta tanto por su sencillez,
como el romance, á expresar las sentencias morales
y los grandes pensamientos filosóficos. Recordemos
aquellos dos versos de Guevara:

«Que con decir que son hombres
No se disculpan los reyes.»

O estos de Calderon:

«¡Honor!... fiero basilisco,
Que si á tí mismo te miras
Te das la muerte á tí mismo.»

Y aquellos otros:

«Hipócrita Mongibelo,
Nieve ostentas, fuego escondes;
¿Qué harán los pechos humanos
Si saben mentir los montes?»

Y los que dicen:

«... Que nunca tuvo
Lo no bien hecho otra enmienda
Del arrojó que lo obró,
Que el valor que lo sustenta.»

Y los que pone en boca de D. Juan Malec, en la
comedia titulada: *Amar despues de la muerte*, ó el
Tuzant de las Alpujarras, en que refiriendo el noble
anciano á sus compatriotas los moriscos la ofensa que
acaban de hacerle en el ayuntamiento; cuando va á
contar que le han dado con su propio báculo un golpe
afrentoso, se detiene y dice:

«... Esto basta,
Que hay cosas que cuesta más
El decirlas, que el pasarlas.»

Sería necesario un tomo entero para copiar todos
los ejemplos de esta clase que se nos ocurren. Y otro
para los que podíamos recordar de expresiones nue-
vas y pintorescas con que este fecundo metro ha en-
riquecido la poesía castellana. Y si lo consideramos
aplicado á la sátira y á los asuntos jocosos en manos
de Góngora y de Quevedo, ¡cuánto podríamos citar
en su abono! ¡Qué tesoro inmenso de frases felicísi-
mas, de giros extraordinarios, de pensamientos ines-

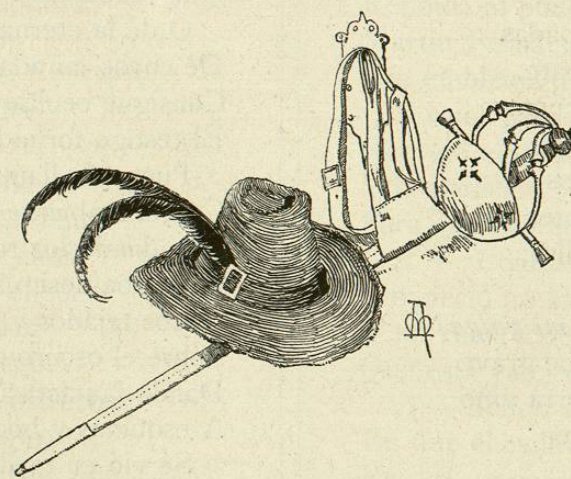
perados, que en cualquier otro metro hubieran acaso
perdido algo de su frescura, de su malicia y de su ori-
ginalidad!

Pero basta ya, porque no hay literato alguno, ver-
sado en la lectura de nuestros poetas líricos y dramá-
ticos, á quien no sean familiares los hermosos trozos
de poesía, de todos los géneros y tonos, escritos en
verso octosílabo asonantado, y tan apreciables por lo
ménos como cuantos se puedan citar en cualquiera
otra especie de versificación.

El romance, que es el metro castizo de nuestra
lengua, en el que se cantaron las hazañas de nuestros
mayores, el que cultivaron y engalanaron nuestros
mejores poetas, el que tan bien suena en el diálogo
escénico, el que tan dócil se amolda á todos los asun-
tos, á todos los estilos, tan fácil, tan sonoro, asiento
del asonante, primor exclusivo de nuestra hermosa
lengua (debido á su variedad infinita de terminacio-
nes, y al sonido puro, fijo, invariable de sus cinco
vocales), no debe ser despreciado, ni olvidado por
metros y combinaciones rítmicas, que hemos tomado,
ciertamente con muchas ventajas, de otro idioma.
Y aunque con ellos y con ellas se ha enriquecido el
nuestro, y se han escrito muchas obras admirables
en todo género, no renunciemos al abundante y
rico tesoro de elocucion poética castellana, que

en los romances octosilábicos poseemos; ni deseche-
mos uno de nuestros mejores títulos á la gloria
poética.

El romance, pues, tan á propósito, como dejamos
repetido, para la narracion y descripción, para expre-
sar los pensamientos filosóficos y para el diálogo,
debe, sobre todo, campea en la poesía histórica, en
la relacion de los sucesos memorables: así empezó en
los siglos rudos de su nacimiento. Volverlo á su pri-
mer objeto y á su primitivo vigor y enérgica sencillez,
sin olvidar los adelantos del lenguaje, del gusto y de
la filosofía, y aprovechándose de todos los atavios
con que nuestros buenos ingenios lo han engalanado,
seria ocupacion digna de los aventajados poetas, que
nunca escasean en nuestro privilegiado suelo. Con
débiles fuerzas he intentado yo tan difícil é impor-
tante empresa, escribiendo esta coleccion de *Roman-
ces históricos*, que presento al público. Mis lectores
ilustrados decidirán si he logrado mi intento. Si no
he sido tan dichoso, al ménos habré conseguido lla-
mar la atencion sobre el romance castellano y sobre
la poesía histórica, á la estudiosa juventud, que con
tanto aprovechamiento cultiva hoy entre nosotros la
amena literatura, dando diariamente, en composicio-
nes de mucho mérito, claras pruebas de fecundo in-
genio y de brillante imaginacion.





ROMANCE PRIMERO

EL CANDIL

Más há de quinientos años,
En una torcida calle,
Que de Sevilla en el centro,
Da paso á otras principales;
Cerca de la media noche,
Cuando la ciudad más grande
Es de un grande cementerio
En silencio y paz imágen;

De dos desnudas espadas
Que trababan un combate,
Turbó el repentino encuentro
Las tinieblas impalpables.

El crujir de los aceros
Sonó por breves instantes,
Lanzando azules centellas,
Meteoro de desastres.

Y al gemido: ¡Dios me valga!
¡Muerto soy! Y al golpe grave
De un cuerpo que á tierra vino,
El silencio y paz renacen.

Al punto una ventanilla
De un pobre casuco abren;
Y de tendones y huesos,
Sin jugo, como sin carne,
Una mano y brazo asoman,
Que sostienen por el aire
Un candil, cuyos destellos
Dan luz súbita á la calle.

UNA
ANTIGUALLA DE SEVILLAAL EXCMO. SEÑOR
D. MANUEL CEPERO

En pos un rostro aparece
De gomia ó bruja espantable,
A que otra marchita mano
O cubre ó da sombra en parte.

Ser dijérase la muerte
Que salía á apoderarse
De aquella víctima humana
Que acababan de inmolarle;
O de la eterna justicia,
De cuyas miradas nadie
Consigue ocultar un crimen,
El testigo formidable.

Pues á la llama mezquina,
Con el ambiente ondeante,
Que dando luz roja al muro
Dibujaba desiguales

Los tejados y azoteas
Sobre el oscuro celaje,
Dando fantásticas formas
A esquinas y boca-calles,

Se vió en medio del arroyo,
Cubierto de lodo y sangre,
El negro bulto tendido
De un traspasado cadáver.

Y de pié á su frente un hombre,
Vestido negro ropaje,
Con una espada en la mano,
Roja hasta los gavilanes.

El cual en el mismo punto,
Sorprendido de encontrarse

Bañado de luz, esconde
La faz en su embozo, y parte:
Aunque no como el culpado
Que se fuga por salvarse,
Sino como el que inocente
Mueve tranquilo el pié y grave.

Al andar, sus choquezuelas
Forman ruido notable,
Como el que forman los dados
Al confundirse y mezclarse.

Rumor de poca importancia
En la escena lamentable,
Mas de tan mágico efecto,
Y de un influjo tan grande

En la vieja, que asomaba
El rostro y luz á la calle,
Que, cual si oyera el silbido
De venenosa ceraste,

O crujir las negras alas
Del precipitado Arcángel,
Grita en espantoso aullido:
¡Virgen de los reyes, válme!

ROMANCE SEGUNDO

EL JUEZ

Las cuatro esferas doradas,
Que ensartadas en un perno,
Obra colosal de moros
Con resaltos y letreros,

De la torre de Sevilla
Eran remate soberbio
Do el gallardo Giraldillo
Hoy marca el mudable viento

(Esferas, que pocos años
Despues derrumbó en el suelo
Un terremoto), brillaban
Del sol matutino al fuego,

Cuando en una sala estrecha
Del antiguo alcázar regio,
Que entónces reedificaban
Tal cual hoy mismo lo vemos.

En un sillón de respaldo
Sentado está el rey Don Pedro,
Jóven de gallardo talle,
Mas de semblante severo.

A reverente distancia,
Una rodilla en el suelo,
Vestido de negra toga,
Blanca barba, albo cabello

Suelta el candil, que en las piedras
Se apaga y aceite esparce,
Y cerrando la ventana
De un golpe, que la deshace,
Bajo su mísero lecho
Corre á tientas á ocultarse,
Tan acongojada y yerta,
Que apénas sus pulsos laten.

Por sorda y ciega haber sido
Aquellos breves instantes,
La mitad diera gustosa
De sus dias miserables:

Y hubiera dado los dias
De amor y dulces afanes
De su juventud, y dado
Las caricias de sus padres,

Los encantos de la cuna,
Y.... en fin, hasta lo que nadie
Enajena, la esperanza,
Bien sólo de los mortales:

Pues lo que ha visto la abruma,
Y la aterra lo que sabe,
Que hay vistas, que son peligros,
Y aciertos que muerte valen.

Y con la vara de alcalde
Rendida al poder supremo,
Martín Fernández Ceron
Era emblema del respeto.

Y estas palabras de entrambos
Recogió el dorado techo,
Y la tradicion guardólas
Para que hoy suenen de nuevo.

R.—¿Conque en medio de Sevilla
Amaneció un hombre muerto,
Y no venís á decirme
Que está ya el matador preso?

A.—Señor, desde ántes del alba,
En que el cadáver sangriento
Recogí, varias pesquisas
Inútilmente se han hecho.

R.—Más pronta justicia, alcalde,
Ha de haber donde yo reino,
Y á sus vigilantes ojos
Nada ha de estar encubierto.

A.—Tal vez, señor, los judíos,
Tal vez los moros sospecho....

R.—¿Y os vais tras de las sospechas
Cuando hay un testigo, y bueno?